



Lectura del *Julio César* de Shakespeare; elogio de la soledad y los fantasmas de la traición

I. El tejido de la conspiración

En esta obra de cinco actos, William Shakespeare a través de 35 personajes y un sinnúmero de ciudadanos, pone en acción en las ciudades de Roma, Sardes y Filipos, el esquema de la conspiración, los elementos clásicos de la traición y el impacto que tiene la reflexión en la soledad. Indudablemente los personajes de Julio César, Marco Antonio, Casio y Marco Bruto, son quienes articulan las ideas centrales en soliloquios y diálogos de la obra.¹

Cada acto es representativo de una idea general, la cual cobra su dimensión en cada una de las escenas que lo constituyen. Los diálogos entre los personajes son la constante búsqueda de razones para actuar y para justificar las acciones; constituyen la posición, las necesidades, intereses y deseos que cada uno de los personajes sustenta. Lo real, lo imaginario y lo simbólico se muestran en cada momento.

Los personajes principales son Julio César, quien en presencia y ausencia organiza la trama. Los triunviros después de la muerte de César: Octavio César, Marco Antonio y Emilio Lépido. Los conspiradores contra Julio César: Marco Bruto, Casio, Casca, Trebonio, Ligario, Decio Bruto, Metelo Cimbro y Cinna. Los senadores: Cicerón, Publio y Popilio Lena. Los tribunos: Flavio y Marullo; un adivino; Cinna poeta, otro poeta. Los amigos de Bruto y Casio: Lucilio, Titinio, Messala, Catón el joven y Volumnio. Los criados de Bruto: Varrón, Clito, Claudio, Estratón, Lucio y Dardanio; Píndaro (criado de Casio); Calpurnia (mujer de César); Parcia (mujer de Bruto) y diversos senadores, ciudadanos, guardias y criados.

Estos personajes tejen la red de la conspiración, que muestra las dos caras de la moneda política: la fidelidad y la traición; que da un momento privilegiado a la reflexión en la soledad y al uso de la palabra en público; que descubre en el otro el deseo que cada personaje mantiene.

En el primer acto Shakespeare logra plantear el sentido de la obra en su totalidad. En el acto segundo, inicia la reflexión de Bruto y muestra cómo se va fraguando el proceso conspirativo y la traición. En el

¹ Hemos empleado la traducción de José Ma. Valverde impresa en Barcelona en 1994, por RBA Editores. En el presente trabajo se realiza una "lectura" del Julio César de Shakespeare; hemos evitado análisis históricos tanto del personaje principal y su tiempo, como del ambiente en que se escribió la obra.



acto tercero se configura la consumación del acto conspirativo y traicionero y la justificación del mismo. En el acto cuarto, la venganza contra los conspiradores cobra una dimensión central. En el quinto y último acto, se da la consumación y el enfrentamiento definitivo y vuelve a resurgir la imagen de la restauración del poder.

Consideremos cada uno de los actos y analicemos apoyándonos en las expresiones de Shakespeare, ésta que es una obra singularmente universal y que desmenuza los elementos significativos del ejercicio del poder y de quienes se oponen a él.

En la escena primera de este **primer acto** se registra la situación que prevalece en la Roma de Julio César, es una diferencia entre quienes gobiernan y el pueblo en general. El papel que tienen quienes realizan oficios permite mostrar que el pueblo apoya a uno y a otro de los sujetos políticos, siempre y cuando mantenga la idea del triunfo. De nada sirve la reflexión sobre hazañas pasadas y de nuevos personajes. El pueblo está con el triunfador.

César es caracterizado como el personaje que utiliza la movilización popular para su beneficio en todo momento, sin que haya necesidad alguna, por lo que se expresan de él en un sentido que le acote, que se supriman trofeos por su regreso, con el afán de hacerle notar que es uno más de los ciudadanos romanos. De esta forma, hará que vuele a altura ordinaria el que, de otro modo, se elevaría por encima de la vista de los hombres, sujetándonos a todos en temor servil. Aquí se establece la primera distancia entre César y los otros. La diferencia que le distingue.

II. En guerra consigo mismo

En la segunda escena se recupera la imagen de César con un gran poder, pues, en voz de Antonio, cuando César dice **haz esto**, está hecho; simultáneamente el riesgo está ya presente, cuando un adivino se dirige a él señalándole que hay que tener cuidado con los *idus* de marzo. Posteriormente el diálogo entre Bruto y Casio -los principales conspiradores contra César-, señala cómo Bruto poco a poco está asimilándose a la idea de enfrentar a César, él mismo lo señala cuando dice “desde hace poco, estoy turbado por pasiones en conflicto... estoy en guerra conmigo mismo”. Es cuando Casio impulsa a Bruto a la traición, reiterándole el respeto que muchos de los más importantes de Roma (excepto el inmortal César), al hablar de Bruto, gimiendo bajo el yugo de esta época, han deseado que el noble Bruto tuviera sus ojos. Aparecen los personajes que reflexionarán la situación, el que se siente comprometido con César, con el pueblo y el que agujonea en contra de César al posible rival.

Bruto dice que teme que el pueblo elija por rey a César y Casio le responde que eso significa que no querría que fuera así. Aquí notamos cómo se desdeña la monarquía por la república y cómo se agujonea una vez más. Abunda al decir que Casio nació tan libre como César y como Bruto y que es tan humano como



cualquiera, con la templanza y la debilidad que corresponde a los hombres, pero que no considera que él deba reinar, que ese hombre ahora se ha hecho un dios; y al continuar los toques de trompeta y los gritos populares, Casio considera que mientras César “anda a zancadas por el estrecho mundo como un coloso, y nosotros, los mezquinos hombres, caminamos bajo sus enormes piedras, y atisbamos a ver si nos encontramos unas tumbas deshonradas. Los hombres son dueños de sus destinos en cierto momento. La culpa, querido Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros, que no somos más que esclavos”. De aquí la deferencia entre César y los otros, vista ya por uno que le critica abiertamente.

¿Por qué César debe resonar más que Bruto? cuestiona Casio y reitera la importancia de la tradición al señalar que en qué se basa César para volverse tan grande, acaso Roma ha perdido la crianza de las sangres nobles, ya que sus padres habrían “soportado que el eterno diablo tuviera su corte en Roma, antes que un rey”. La respuesta de Bruto no se hace esperar: considerará todo lo que se le ha dicho y posteriormente dará su propia respuesta, pero está cierto de que “preferiría ser un aldeano antes que considerarse hijo de Roma bajo condiciones tan duras como las que parece que este tiempo nos va a imponer”. Aquí se ha hecho acuse de recibo de la tentación irresistible de actuar para defender la tradición romana por encima de un individuo.

Asimismo, se deja observar la intuición política de Julio César al señalar y detectar el peligro. Le pide a Antonio que quiere “tener a su alrededor hombres gordos, de cara lustrosa, y de los que duermen bien por la noche. Ese Casio tiene aire más lento y hambriento: piensa demasiado. Hombres así son peligrosos... Lee mucho, es un gran observador, y penetra muy bien las acciones de los hombres, no le gustan los juegos, ... no oye música: rara vez sonrío, y sonrío de tal modo como si se burlara de sí mismo y despreciara a su espíritu por poderse mover o sonreír de algo. Los hombres como él nunca tienen el ánimo en paz mientras observan a alguno mayor que ellos mismos y, por tanto, son muy peligrosos. Te digo lo que se ha de temer, más bien que lo que yo tema, pues siempre soy César”.

De esta forma se caracteriza el juego de la desconfianza, de la traición y la soledad. Unos y otros han logrado definir a su adversario, lo hacen con respeto, pero con suma precisión en lo que es su debilidad. La tradición política de Roma ha surgido, los intereses han reiniciado su acomodo, hasta que logren formarse los dos bandos que tarde o temprano habrán de enfrentarse.

También se muestra cómo César rechaza por tres veces la corona que su amigo y discípulo Antonio le ofrece. La rechaza aun cuando le habría gustado aceptarla. En el diálogo entre Casio, Casca y Bruto, el primero señala que se reunirán en casa de Bruto. Aquí encontramos la definición del lugar en que la idea de la traición deviene en una conspiración; se busca el lugar más respetado entre ellos, ahí está el punto inicial. Casio dice a Bruto que estará en su casa y que “hasta entonces, (le pide que Bruto) piensa en el mundo y que él siendo noble debe tener disposición a la nobleza, que es conveniente que los ánimos nobles



se mantengan siempre con sus semejantes: pues ¿quién es tan firme que no se le pueda seducir? César me soporta mal, pero quiere a Bruto. Si yo fuera ahora Bruto, y él fuera Casio, no me sometería a su humor. Esta noche le tiraré por sus ventanas escritos de varias letras, como si vinieran de diferentes ciudadanos, todos ellos hablando de la gran honra que Roma recibe por su nombre, y en que se aludirá veladamente a la ambición de César. Y después de eso, que César se siente bien seguro, pues le sacudiremos, o aguantaremos días peores”. Así se fragua la conspiración, se asimila la responsabilidad del grupo social y se avanza para deslegitimar a quien gobierna.

Aquí descubrimos los elementos en donde un grupo, los nobles, encuentra quién puede enfrentar a quien detenta el poder; uno de los suyos que tiene las características de sus semejantes. Se muestra el proceso de provocación al dilucidar la crítica de la ambición en quien gobierna. De aquí que haya que desprenderlo de él, o de lo contrario habrá una situación más grave en el corto plazo. Es el llamado a la acción pronta y traicionera; la reflexión puede incriminar.

El diálogo entre Casca y Cicerón recupera el papel de los fenómenos naturales y la asociación mítica que los hombres hacen de él; al relatar Casca la fuerza de las tempestades que arrancan robles y el océano que eleva olas hasta los cielos, considera que el fuego que cae del cielo y que ha hecho que surjan expresiones dignas de asombro, lo asimila a que son “presagios para el país a que se dirigen”. A lo que Cicerón responde que “es un tiempo de extraña disposición: pero los hombres pueden interpretar las cosas a su manera, muy al contrario del sentido de las cosas mismas”. Es el peso imaginario sobre la realidad que se quiere y que no necesariamente existe. Es también el reconocimiento de la fuerza que la naturaleza posee y que puede imponerse a la propia razón.

Al retirarse Cicerón, Casio se incorpora a Casca y le dice que los fenómenos naturales que surgen de la extraña cólera de los cielos son instrumentos de miedo y aviso, ante algún monstruoso estado de cosas y que él le va a nombrar a “un hombre muy semejante a esta noche temible, que truena, relampaguea, abre tumbas y ruge al igual que el león del Capitolio: un hombre sin más fuerza que tú y que yo en su acción personal, pero que se ha vuelto prodigioso y temible, igual que estos fenómenos extraños”. Al responderle Casca que es César, Casio no lo confirma, sino que reitera que se han perdido los ánimos de los padres y ahora gobiernan los espíritus de las madres; por ello “nuestro yugo y sufrimiento nos muestran mujeriles”. Es decir, se provoca el orgullo de ser hombre y romano, se desea que se actúe conforme a esa supuesta dignidad.

Casca le dice a Casio que “mañana los senadores piensan nombrar rey a César, y podrá llevar su corona por mar y por tierra, en todos los sitios menos aquí en Italia”. Casio responde “ya sé dónde llevaré yo este puñal: Casio liberará a Casio de la servidumbre. En esto, oh dioses, hacéis muy fuertes a los débiles: en esto, oh dioses, derrotáis a los tiranos... (nada) puede retener la fuerza del espíritu: sino que, a la vida,



fatigada de estas prisiones terrenales, nunca le falta fuerza de despedirse. Si esto sé, que sepa el mundo entero además que la parte de tiranía que soporto, la puedo sacudir de mí a gusto”. Hay pues el impulso a la acción; es una posición individual que deviene interés social. Es el momento definitorio sobre lo que habrá de realizar.

Así, al quejarse Casio ante Casca del desecho que es Roma y de la vileza que encarna César, se cuestiona de su dolor y pregunta que “quizá digo esto ante uno que es esclavo de buena gana: entonces sé que debo responder de ello. Pero estoy armado, y los peligros me son indiferentes”. Casca le reitera acercándole su mano “haz un bando para corregir todos estos agravios, y yo adelantaré el pie tanto como quien vaya más lejos”. Casio reitera “está hecho el pacto... Haz de saber ... que ya he movido a algunos de los romanos de ánimo más noble para que acometan conmigo una empresa, honrosa, importante y peligrosa... y le esperan en el pórtico de Pompeyo, pues ahora, en esta noche terrible, no hay agitación ni movimiento por las calles, y el aspecto del cielo se parece al trabajo que tenemos entre manos: sangriento, feroz y aterrador”.

Aquí se diseña la tarea que va a emprender un grupo de la nobleza romana, cómo la califican y de qué característica habrá de teñirse su acción. Es claro que ya existe entre los nobles la intención de la conjura contra César. Es claro que ya se ha decidido cuál es el rumbo que tomarán.

Momentos más tarde se incorpora Cinna y le dice a Casio que ya le esperan y que dos o tres de los conjurados han visto extrañas visiones, le demanda que ojalá “pudieras ganar para nuestro partido al ilustre Bruto”, a lo que Casio le dice que mantenga la calma y que distribuya algunos papeles en el senado, en casa de Bruto, en las estatuas del padre de Bruto y en todos los lugares públicos; así podrán atraerle, ya que será una demanda general y no el deseo de un grupo pequeño.

Casio le pide a Casca que vayan a casa de Bruto; le dice que “ya es nuestro en tres cuartas partes, y en el próximo encuentro se nos entregará el hombre entero”. Casca responde que Bruto “está sentado a gran altura en los corazones del pueblo: lo que en nosotros parecía un crimen, su presencia, como la más rica alquimia, lo transformará en virtud y dignidad”. Casio le reitera que ha juzgado muy bien a Bruto y a su valor, y a la gran necesidad que los conjurados tienen de él. Es la necesidad de dar valor a la acción a través de un líder que les dirija y legitime.

III. El huevo de la serpiente

En el **segundo acto** Shakespeare desarrolla la estructura de la conspiración, así como el impacto y dudas que Calpurnia, mujer de Julio César, tiene respecto a la posibilidad de la muerte de él.

El soliloquio de Bruto, en el período de insomnio, revela la naturaleza amistosa de Bruto hacia César y la forma en que se da cuenta de que él, al igual que todos, está en contra de la coronación de César y que el abuso de la grandeza se contrapone al dominio de la razón sobre las pasiones que forman la imagen de



César; aunque reflexiona Bruto que la humildad es superada por la ambición, por lo que hay que evitar el ascenso de César, ya que “lo que él es, aumentado, llegaría a tales y tales extremos: así pues, hay que considerarle como un huevo de serpiente, que, si se encuba, se hará tan pernicioso como su especie, y matarle en el cascarón”.

Es la posibilidad de liquidar un futuro que se ve con certidumbre, aunque no existe sustento alguno, simplemente es una discusión de valores que se pretende traducir en hechos de supuesto beneficio para los demás. La clara definición del sujeto que es necesario eliminar forma parte de la trama que se desea evitar. Vicios y virtudes entran en juego para descalificar al adversario.

Más adelante Bruto lee una de las cartas que aparecen en el patio de su casa y que habían sido enviadas por Casio, por medio de Cinna, en donde se conmina a Bruto a despertar y se cuestiona con cierta ambigüedad ¿acaso Roma?, a lo que Bruto considera que debe completarse “¿acaso Roma ha de someterse al terror a un solo hombre? ¿Qué Roma? Mis antepasados echaron de las calles de Roma a Tarquina cuando se le llamó rey”. Es el reconocimiento del papel que la tradición política le ha legado al sujeto y que asocia con una forma política que encabeza un solo individuo.

En el mismo soliloquio Bruto reconoce y promete a Roma que si tiene que hablar, herir y corregir, él estará dispuesto a hacerlo. Medita Bruto y señala que “no he dormido desde la primera vez que Casio me azuzó contra César. Entre la ejecución de algo terrible y el primer impulso, todo lo que hay en medio es como un fantasma o un sueño horrendo... y el estado de hombre, igual que el de un pequeño reino, sufre entonces una especie de revolución”. Sus meditaciones son interrumpidas por el arribo a su casa de Casio, Casca, Decio, Cinna, Metelo y Trebonio.

Dice Bruto “son los de la conspiración que llegan con los rostros cubiertos”; y comenta para sí “ah conspiración, ¿te avergüenzas de mostrar tu peligroso rostro de noche, cuando los males andan más libres?, pues entonces, de día ¿dónde encontrarás una caverna bastante oscura como para enmascarar tu rostro monstruoso? No la busques, conspiración: escóndelo en sonrisas y afabilidad, pues si andas mostrando tu semblante natural, ni el mismo Érebo sería bastante sombrío para esconderse de que te descubrieran?”.

Aquí se registra el papel de la oscuridad, de la noche, con el afán de dar sentido a un proceso que se desea ocultar, que no sea conocido por los demás; por lo tanto, hay que cubrirlo y esconderlo. Es el juego de los espejos, en donde se niega lo que se desea; en donde el temor es visible.

Durante la reunión de los conjurados se habla de juramentos, de honor, del sufrimiento de las almas, del valor necesario para empujar la acción. Se revela cómo Cicerón podría apoyar con su opinión, experiencia y sabiduría la acción de los jóvenes conspiradores. También se cuestiona la conveniencia de que Marco



Antonio sobreviva a César, puesto que sería un astuto conspirador. A lo que Bruto reacciona señalando que no son asesinos, sino que lo que desean es afectar el espíritu de César. Ya se ubica la posición que los conspiradores desean: ser liberadores de Roma.

Al cuestionarse entre ellos si César asistirá al Senado para lograr sus fines, ya que, en función de las supersticiones, de las fantasías, sueños y ceremonias y otros prodigios, podría ocurrir que decidiera no asistir. Decio proclama que los hombres pueden ser vencidos con aduladores y que él habrá de encargarse de César, si es que tuviera algún motivo para desistir en su visita al Senado.

El diálogo entre Bruto y su esposa Porcia revela la perspicacia de la mujer romana. Al observar el comportamiento de Bruto, Porcia pide que le informe acerca de lo que ocurre y Bruto no resiste la presión hasta que le revela los secretos de su corazón. En este momento, Bruto se ha vuelto el eje en torno al cual gira este grupo de nobles conspiradores y a los que se han ido sumando paulatinamente otros más; él será el guía hacia la muerte de César. En él han depositado los otros su confianza, por la cercanía que mantiene con César y por el respeto que el pueblo le tiene.

El diálogo entre César y su mujer Calpurnia revela la desconfianza y los presagios que dejan ver la posibilidad de la muerte de César a través de los sueños de Calpurnia. Aquí se manifiesta de nuevo la perspicacia de la mujer romana. César los desdeña y responde con suma soberbia que los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte, y los valientes jamás prueban la muerte más de una sola vez.

Por último, Calpurnia convence a César de no asistir al Senado, pero el arribo de Decio Bruto adulando a César, reinterpreta el sueño de Calpurnia en donde la estatua de César manaba pura sangre con cien chorros y muchos romanos llegaban sonriendo y se lavaban las manos en la fuente; Calpurnia lo interpretó como un aviso de males inminentes y Decio lo hizo significando que la gran Roma absorbía de César sangre reanimadora y que los grandes hombres se agolpaban alrededor de él para obtener huellas, restos, recuerdos y manchas que les permitieran ligarse a César.

Aquí encontramos la doble lectura de los textos y sobre todo, de aquéllos asimilados a los ritos y a los mitos, a los aspectos mágicos y a los vinculados directamente a las personas. Cada quien conforme su posición define cuál es la mejor lectura.

Finalmente, llegan los conspiradores por César para acompañarle al Senado y ya convencido César por Decio de que debía asistir, todos juntos inician su camino. En las últimas escenas de este capítulo aparece Artemidoro, quien pretende entregar una carta a César donde le revela la conspiración y le señala “si no eres inmortal, guárdate: la confianza deja paso a la conspiración”. Por otro lado, Parcia muestra ante un adivino las zozobras e inquietudes que le provocan las revelaciones que le había hecho Bruto, al preguntarle si sabe que se le piense hacer algún daño a César; el adivino dice que no, pero que le va a



suplicar a César que sea buen amigo de sí mismo y que puede ocurrirle un daño. La tragedia está armada de tal forma que la confianza y la reflexión solitaria, no compartida con quien sería el destinatario de la acción -pues está aislado por las circunstancias-, conduce a que el acto conspirativo logre el éxito.

IV. Los idus de marzo... aún no pasan

En el **acto tercero** se realiza la ejecución del acto conspirativo, también emergen las discusiones y la búsqueda de razones en uno u otro sentido por la muerte de César entre los conspiradores. Finalmente, al realizar el elogio fúnebre de César, Antonio logra animar al pueblo a la rebelión y desenmascara la traición que César ha sufrido por los nobles conspiradores encabezados por Bruto.

Camino al Senado César señala que los *idus* de marzo ya han llegado -aludiendo a la expresión que un adivino le hiciera en el sentido que debía cuidarse en este tiempo-, a lo que el adivino responde que en efecto, pero que aún no han pasado. Artemidoro pide a César que lea el documento en donde la previene sobre la conspiración, pero Decio confunde a César pidiéndole que primero lea su petición. Artemidoro le dice que su pretensión toca más de cerca a César y éste responde “lo que me interesa a mí mismo, ha de considerarse en último lugar”. Es así como César se vuelve a perder en la medida en que no escucha a quienes desean protegerle.

Los conspiradores ven en la intervención de todos los demás el descubrimiento de su empresa, cualquiera que se acerca a César creen que es con el afán de descubrirlos. Por ello consideran que lo que hay que hacer debe hacerse con prisa y han llegado a la conclusión de que son ellos o César los que deben sucumbir. Todos se organizan y se inicia la acción cuando le piden a Metelo Cimbrío que haga su petición a César. Esa será la señal para agolparse alrededor de César y atacarlo.

Así es como Metelo Cimbrío demanda indulto para su hermano desterrado, le secundan Bruto y Casio, pero César responde que no, pues “soy tan constante como la estrella polar, que no tiene en el firmamento pareja de su condición fielmente fija e inmóvil. Los cielos están pintados de innumerables centellas: todas son de fuego, y cada cual brilla: pero hay sólo una entre todas que permanezca en su sitio. Así es en el mundo: está bien provisto de hombres, y los hombres son de carne y hueso, y comprenden; pero en todo su número, conozco uno solo que mantenga su rango inmovible, sin agitarse con el movimiento: y ése soy yo. Dejadme que lo demuestre un poco, en esto precisamente, en que he sido constante en mantener desterrado a Publio Cimbrío (hermano de Metelo), y sigo constante en mantenerle así”. La expresión de César muestra su cerrazón, no ve otras intenciones en las solicitudes de los otros.

Al terminar de decir esto, César es apuñalado por Casca. Le sigue Cinna y Decio y cuando Bruto lo apuñala, César le dice “tú también Bruto”, entonces cae y muere. Así se logra el objeto de la conspiración y, tardíamente, la réplica a Bruto que habrá de trascender. Al ocurrir ello, Cinna proclama “libertad, libertad,



la tiranía ha muerto” y pide que vayan a las calles a anunciarlo. Casio demanda que vayan a las tribunas públicas a gritar “libertad e independencia”. Bruto dice al pueblo y a los senadores que no se asusten, que no huyan y permanezcan tranquilos, pues “está pagada la deuda de la ambición”. Ese es el espectro ideológico para legitimar la acción.

Entre los senadores empieza a generarse la inquietud. Publio teme que le hagan daño a lo que Bruto responde que no se inquiete, que no se hará daño a ningún otro romano. Casio le dice a Publio que los deje, “no sea que la gente los ataque”. Bruto les pide que se marchen y “que nadie responda de este hecho, sino nosotros que lo hemos hecho”. Es un momento de gran excitación individual y colectiva.

Después del acontecimiento trágico, proviene la confusión, la angustia y la reflexión. El fantasma de la muerte cobra realidad absoluta. Así, hombres, mujeres y niños gritan y corren como si fuera el juicio final, Bruto reflexiona: “ya sabemos que hemos de morir, pero los hombres se preocupan sólo del momento y de prolongar los días”. Casca le sigue: “bueno, el que te quita veinte años a la vida, quita otros tantos de temer la muerte”. Bruto remata y considera que “si se admite eso, entonces la muerte es un beneficio, y somos amigos de César los que hemos abreviado su tiempo de temer la muerte”. Hay el contagio de la muerte, su presencia es constante en las conversaciones de los conjurados.

Casio reflexiona hacia el futuro “¿dentro de cuántos siglos se seguirá reviviendo esta nuestra escena sublime, en estados que aún no han nacido, y con lenguas aún desconocidas?” y continúa Casio “siempre que eso ocurra, nuestro grupo será llamado el de los hombres que dieron libertad a su país”. Shakespeare prevé adecuadamente, en tanto que deja a los conspiradores la posibilidad de orientar a otros.

Cuando Antonio, amigo y protegido de César, huyó a su casa, posteriormente envió un mensajero ante Bruto, solicitándole salvaguarda para presentarse ante él y que le explicara porqué César había merecido la muerte. Bruto le respondió que fuese ante él y que quedaría satisfecho y se marcharía intacto.

A su arribo, Antonio pregunta “quién más ha de ser sangrado, quién más esté para sangrías... Aunque viva mil años, no me encontraré tan preparado para morir, ni habrá lugar que tanto me plazca, ni hombres que me maten como aquí junto a César, y cortado por vosotros, los selectos espíritus dominadores de este tiempo”. Bruto le respondió “no nos pidas tu muerte: aunque ahora debamos aparecer sangrientos y crueles... nuestras manos y ... nuestros corazones están llenos de compasión (ella) es la que ha realizado esto contra César”. Casio agrega “tu voz (Antonio) tendrá tanta fuerza como la de cualquiera al disponer las nuevas dignidades”. Es el juego de la razón y de la sin razón, el de la compra y venta del poder futuro. El de las apariencias y las confusiones.

Antonio elogia a César y vuelve a preguntar las razones de por qué y en qué era peligroso César, esa es su pretensión y el ánimo de llevar el cadáver de César al foro y hablar durante su funeral. Bruto acepta y dice



que él hará ver las razones de la muerte de César y darán permiso y consentimiento a lo que diga Antonio, y le dice a éste que lleve al cadáver y cuando se dirija a la multitud “no habrás de censurarnos en tu discurso funerario, pero dí todo lo bueno de César que puedas discurrir, y dí que lo dices con nuestro permiso”.

Al quedar solo Antonio, reflexiona y pide perdón por ser suave y amable con los conjurados y profetiza que “caerá una maldición sobre los miembros de los hombres: guerra interna, feroz discordia civil desgarrará todas las partes de Italia... y el espíritu de César, volando en busca de venganza ... gritará muerte a todos, y soltará los perros de la guerra...”

Antonio es interrumpido cuando un criado de Octavio César le dice que éste se encuentra junto con su ejército en las cercanías de Roma. Antonio le dice que avise a Octavio que Roma está de luto y es peligrosa e insegura para él, pero que espere a su discurso para “ver cómo toma la gente la cruel acción de estos hombres sanguinarios”. Ese será el termómetro para actuar, si hay apoyo o no para iniciar la venganza y enfrentar a la traición.

Ya en el foro, los conjurados tratan de separar a la multitud que pide explicaciones. Cuando habla Bruto apela a su honor y a su prudencia para juzgar mejor. Habla de su amistad con César y el centro de su argumento es el siguiente: “por qué Bruto se levantó contra César... no es que yo amara menos a César, sino que amaba más a Roma. ¿Preferiríais que viviera César y todos fuerais esclavos, en vez de que César haya muerto y todos viváis como hombres libres. ¿Quién hay aquí tan vil que quiera ser esclavo? Si lo hay, que hable, porque a ése es a quien he ofendido. ¿Quién hay aquí tan vil que no ame a su patria? Si lo hay, que hable, porque a ése es a quien he ofendido. Me detengo en espera de respuesta” y la totalidad de los ciudadanos respondió que nadie. Bruto los convenció. Se marcha y deja a Antonio para que honren el cadáver de César y le dé gloria con su discurso funerario.

Antonio dice “vengo a sepultar a César, no ha elogiarlo. El mal que hacen los hombres, vive después de ellos; el bien, muchas veces, queda enterrado con sus huesos: sea así con César”. Ironiza al ilustre y honrado Bruto mientras que clama la gloria de César. Habla de la fidelidad y justeza de César, de su honestidad, de su humildad, de su falta de ambición. Y entonces la muchedumbre empieza a cambiar su opinión respecto de César y a transformarse en favor de Antonio y en contra de Bruto.

Antonio continúa hablando sobre la honradez y el agravio que se ha hecho a César y revela que existe un testamento de César. La multitud quiere conocerlo y Antonio empieza a exaltar la forma en que fue asesinado César hasta que le venció la ingratitud y finalmente cayó, “entonces yo, y vosotros, y todos nosotros caímos, mientras la sanguinaria traición triunfaba sobre nosotros”. Se nota con pasión, con respeto y lealtad a su amigo. Se funde él y los demás con el héroe caído.

La multitud se exalta y clama venganza. Antonio la guía y le dice que “no quiero sublevaros a tan repentino



desbordamiento de rebelión. Los que han hecho esta acción, son honrados”. Lo remarca con mucha frialdad “son prudentes y honrados, son elocuentes, hábiles, agitan los ánimos y si yo tuviera la habilidad de Bruto, movería hasta las piedras de Roma a la rebelión y el motín”. La muchedumbre clama por amotinarse, por quemar la casa de Bruto, por pescar a los conspiradores. Antonio pide que le permitan leer el testamento de César: otorga a cada ciudadano romano 75 dracmas por cabeza, les deja todos sus paseos, sus glorietas particulares, sus jardines para siempre. Así, todos se reconcilian con César y empieza la acción contra los conspiradores. Antonio ha logrado su objetivo inicial.

La escena última del tercer acto muestra cómo los ciudadanos ya en confusión destrozan a todo aquél que suponen está asociado a la conspiración. Es así como muere un poeta por el solo hecho de tener el mismo nombre que uno de los conspiradores. Hay violencia, hay fuego, existe el desbordamiento de todos los ciudadanos en contra de los conspiradores.

V. Los carniceros devienen reses

En el **cuarto acto** se registra la venganza por la muerte de César. Es el encuentro entre Antonio, Octavio y Lépido. Ellos habrán de recuperar el poder y darán pie al triunvirato romano. Al sentirse ya triunfante, después de que han sido “marcados” los nombres de quienes habrían de morir, Antonio pregunta a Octavio: ¿al dividir el mundo en tres partes, Lépido será uno de los tres que ha de tener parte? Ambos, Octavio y Antonio consideran a Lépido como una parte sin participación, ya que a Lépido “debe enseñársele, acostumbrársele y mandársele a andar: es un hombre de espíritu estéril, que se nutre de desperdicios, restos e imitaciones, fuera de uso y gastadas por otros hombres, pero que para él empiezan a estar de moda. No hables de él sino como de un objeto”. Mejor adentrémonos en la alianza, los amigos y los medios para enfrentar a Bruto y a Casio. Ese es el realismo entre los que en el corto plazo dirigirán los destinos de Roma.

El encuentro entre Bruto y Casio con la presencia del ejército acampado cerca del lugar denominado Sardes, permite observar cómo las formas de serenidad y ceremoniosidad forzada que Bruto tiene hacia Casio empiezan a formar parte de la intranquilidad. Ante la acusación que Bruto hace de que Casio protege a corruptos y que los cargos se entregan a cambio de oro, entonces Bruto señala que hirieron “al mayor hombre de todo este mundo, sólo porque protegía a ladrones, uno de nosotros ¿se va a contaminar ahora los dedos con viles sobornos, y va a vender el ancho espacio de nuestros grandes honores, a cambio de tanta basura como se pueda agarrar así?” El espíritu de César campea libremente entre los conspiradores.

Casio responde que Bruto lo ha agraviado en todos los sentidos y la discusión continúa sobre el temperamento precipitado de ambos. En esa reunión se reciben mensajes como la muerte de Porcia (esposa de Bruto), así como la muerte de cien senadores o de setenta y cinco, pues no hay precisión alguna, destacando Cicerón entre los muertos, lo que sí es un hecho es la expedición hacia Filipos que han



emprendido Octavio, Antonio y Lépido, con sus tropas. También se deja entrever el rechazo que hay hacia los conspiradores entre la gente que habita en Filipos, así como el análisis que sobre la guerra van desarrollando los conspiradores. Bruto intenta reconciliar el sueño, pero el espectro de César se le aparece y le impide lograrlo.

VI. Al terminar el día, el destino de cada quien

El acto quinto y último, muestra el enfrentamiento entre las tropas de Octavio, Antonio y Lépido y los conspiradores encabezados por Bruto y Casio. La muerte de los cabecillas de la conspiración ocupa el punto central.

El doble juego de las expectativas que aparecen en todo encuentro o batalla cobra su dimensión. Técnicamente el ejército de los conspiradores baja de las montañas hacia la llanura de Filipos con el fin de ofrecer la batalla antes de que se le pida, es una precipitación que muestra la osadía miedosa con el fin de dar imagen de ánimo y valor. La prudencia del ejército de Antonio y Octavio se muestra en un intento de entablar comunicación con Casio y Bruto.

En el diálogo entre quienes dirigen los ejércitos, Antonio se enfurece contra los conspiradores y los acusa de villanos y de aduladores. Octavio también clama venganza por las treinta y tres heridas infringidas a César. En este diálogo entre los generales de ambos bandos se notan los reproches y el desafío. La acusación de traidores se esgrime de uno y otro lado. No hay posibilidad para la reconciliación, es una batalla final.

En el terreno de los conspiradores los presagios y la interpretación de éstos van haciendo presa del ejército, de los jefes conspiradores y de los soldados. Los comentarios son inseguros y se piensa en lo peor que puede ocurrir. Asimismo, aparece la decisión de jugar en una sola batalla todas las libertades de estos romanos conspiradores y de su ejército. La decisión de Bruto de que en la batalla que habrán de celebrar habrá de terminar el trabajo empezado en los *idus* de marzo conduce a la reflexión de que puede ser la última ocasión que se vean, así se despiden Casio y Bruto, sabiendo que al terminar el día se conocerá el fin de la batalla y el destino de cada cual.

La confusión en la batalla deja entrever a Casio que su gran amigo Titinio ha sido hecho prisionero, lo cual es insoportable y, al notar que la batalla se inclina en favor de los otros, pide a su mozo que con la misma espada que mató a César él muera. Así, mientras caen las legiones de Casio ante Antonio, las de Octavio empiezan a caer ante Bruto. Es un equilibrio de fuerzas.

En realidad, Titinio no cayó prisionero, sino que fue recibido por un grupo de amigos y al volver con Casio reflexiona que la desconfianza en su éxito ha sido la causa de la muerte de Casio, odioso error que genera la muerte de otros hombres como el propio Titinio. Al arribo de Bruto, en la escena donde yacen muertos



Casio y Titinio dice que Julio César aún es poderoso, pues su espíritu dirige las espadas contra ellos.

Paralelamente, en la batalla empieza a caer el ejército de Bruto ante las tropas de Antonio. La confusión es amplia y Bruto empieza a extrañar a sus amigos caídos. Le dice a Clito que matar es la consigna, es la acción de moda. Comenta que el espectro de César se le ha aparecido en dos ocasiones y eso significa que ha llegado su hora, “nuestros enemigos nos han llevado hasta el hoyo. Vale más tirarnos dentro de un salto que esperar a que nos empujen”. Así pide que lo maten con su propia espada, a lo que Volumnio replica que ése no es un encargo para un amigo. Bruto clama la fidelidad de sus amigos y antes de aceptar huir por el acoso de las tropas enemigas, prefiere la muerte.

Al llegar al cuartel de sus adversarios, Antonio y Octavio preguntan por Bruto, pero responde Estratón que “los vencedores sólo pueden hacer una hoguera con él. Pues sólo Bruto se venció a sí mismo, y nadie más se honra con su muerte”. Así termina la batalla y la venganza; la conspiración ha cobrado su ofrenda en los propios conspiradores.

Antonio dice de Bruto que “fue el más noble de todos los romanos. Todos los conspiradores, menos él, hicieron lo que hicieron por envidia del gran César: él fue uno de ellos sólo pensando honradamente en todos y en el bien común de todos”. Octavio afirma también que habrá que tratarle con todo respeto y con los ritos de su sepultura; y dice finalmente “vámonos a compartir las glorias de este día dichoso”. Con ello termina el *Julio César de Shakespeare*.

VII. Tú también Bruto

La obra termina, pero la historia de la traición y los procesos conspirativos continuarán. Es parte del movimiento perpetuo de la política. Es una cara de la moneda.

Sin duda la conspiración es un acto que afecta los lazos íntimos. Predominan los intereses por encima de la amistad. Requiere el conocimiento entre ambas partes: los que conspiran y a quienes se dirige la conspiración. La reflexión personal durante el proceso conspirativo es constante, ella debe trascender hasta lograr reunir al grupo que realizará la acción. Ese mismo grupo decidirá quién encabece el proceso conspirativo; normalmente se acepta a quien también posee la confianza del sujeto que se pretende atacar.

Shakespeare nos muestra a César como cercano a la tiranía, soberbio y dueño de sí y de los demás. Ese es un motivo para propiciar la envidia y el coraje contra él. También nos da las pruebas de los diversos intereses que se conjugan para articular la traición y la conspiración, los elementos que pretenden justificarla ya sean la tradición, la libertad o el bien común. De igual forma, registra las diversas reflexiones, personales y solitarias, de los involucrados principales César, Bruto, Antonio y Octavio y las preocupaciones de quienes giran a su alrededor esposas, senadores, amigos y adivinos.

Se nota en los personajes caracteres definidos. Así tenemos que el pueblo es fácil de seducir. El César no



es precisamente un hombre, sino el reconocimiento a una dignidad de poder. Bruto expresa la ingenuidad del idealismo que defiende una tradición republicana austera, que vacila pero que no duda en la traición y en encabezar la conjura. Casio muestra la gravedad del complejo político. Antonio será un político habilidoso y con sensibilidad, pero estará limitado por la propia grandeza de César.

Todos se reúnen por la conquista del poder y por su uso. Todos están conscientes de sus necesidades, intereses y deseos y también actúan en el presente considerando el futuro. Hay elogios para todos los personajes; hay confusión, pero sin duda, hay claridad respecto a lo que cada quien representa. La conjura venía de adentro y daría pie a guerras intestinas. Quienes le asesinaron mataron al hombre, pero su poder sobrevivió. Hasta el último momento César mostró el rostro de lo político. El aislamiento provocado por los conjurados le dignificó como un individuo poderoso.

Es así como en esta tragedia Shakespeare ha legado un conocimiento de la naturaleza humana, de las consecuencias que tiene el ejercicio del poder y, sobre todo, ha permitido recuperar en cuatro frases ideas fundamentales para la reflexión política y social: cuando considera al huevo de la serpiente que hay que matarle en el cascarón; cuando César muere y exclama “tú también Bruto”; cuando refiere a que se sueltan los perros de la guerra; y finalmente, cuando registra que el mal que hacen los hombres vive después de ellos, mientras que el bien queda enterrado con sus huesos.

En estas cuatro expresiones Shakespeare condensa la potencialidad que tiene la expresión literaria para lograr la articulación de un tiempo político en individuos o en acciones concretas. Son lecciones que han perdurado hasta nuestros días, porque forman parte de la vida cotidiana.

Son lecciones clásicas en la medida en que recuperan tradiciones, en la posibilidad de que muestran procesos políticos y, sobre todo, en que conciernen a todos aquéllos que nos interesa el devenir de la humanidad y de la forma en que ésta debe organizarse para ser mejor. Es decir, a quienes concebimos a la política como una forma de vida plena y duradera, basada en el respeto y en la mejor tradición humana. Reconstruir este fenómeno de la traición y de la conspiración permite un atisbo de cuidado hacia esa parte oscura del poder mismo.